

oh Bruto, tu mal Genio: ya me verás en Filipos." Alentado entonces Bruto, te veré, le dijo, y el Genio desapareció al punto. Al prefuido tiempo puesto en Filipos al frente de su ejército contra Antonio y Octavio César, vencedor en la primera batalla, destrozó y puso en dispersion á las tropas que se le opusieron, saqueando el campamento de César. Habiendo de dar segunda batalla, se le presentó otra vez la fantasma en aquella noche sin que le hablase palabra; pero entendiendo Bruto su hado, se abalanzó desesperadamente al peligro. No murió con todo peleando, sino que después de la derrota, retirándose á la eminencia de una roca se arrojó de pechos sobre su espada desnuda, y dando uno de sus amigos fuerza, segun dicen, al golpe, de este modo perdió la vida.

El orador Demades, que gozó de gran poder en Atenas por gobernar á gusto de los Macedonios y de Antipatro, como se viese precisado á escribir y decir muchas cosas nada dignas de la magestad y de las costumbres de aquella república, sostenia que era merecedor de perdón, porque gobernaba los naufragios de ella. Esta expresion, aunque bastante atrevida, podría parecer verdadera si se trasladase y aplicase al gobierno de Focion. Porque en quanto á Demades él era verdaderamente el naufragio de la república, habiendo vivido y gobernado tan indecentemente, que cuando ya era viejo decia en vituperio suyo Antipatro, que á manera de sacrificio consumado no quedaba de él mas que la lengua y el vientre; cuando á la virtud de Focion, que fue puesta á prueba con el tiempo que le cupo, como con un enemigo poderoso y violento, los infortunios de la Grecia la marchitaron y deslucieron en punto á gloria. Pues no se ha de dar crédito á Sófocles, que hace apocada y debil á la virtud en estos versos:

Que de su asiento, ó rey, es conmovida  
La razon del que en males es probado;  
Aunque antes con brios se mostrase;  
Y solo se ha de dar á la fortuna tanto poder sobre  
los hombres justos y buenos, quanto baste á esparcir contra ellos calumnias y rumores siniestros, en lugar del honor y agradecimiento que se les debia, con detrimento del crédito y aprecio de la virtud.

Parecia que los pueblos principalmente habian de mostrarse insolentes contra los buenos cuando estan en prosperidad, y cuando los engríen sucesos faustos y un gran poder; pero es lo contrario lo que sucede. Porque las desgracias vuelven las costumbres displicentes, mal sufridas, y propensas á la ira, y hacen el oído nimiamente delicado, y muy dispuesto

á irritarse con cualquiera palabra ó expresion un poco viva; por la cual disposicion el que reprende á los que yerran parece que les echa en cara sus infortunios, y la claridad y la franqueza pasan por desprecio; y asi como la miel perjudica á los miembros heridos y llagados, de la misma manera las expresiones verdaderas y ajustadas á razon muerden é irritan á los que estan en adversidad; como no sean muy benignas y conciliadoras; que es por lo que el poeta llamó grato al alma lo que es dulce, porque cede á la parte inflamada de ella, y no la contraría ni se le opone. Porque tambien el ojo doliente se complace mas con los colores oscuros y que reflejan poco la luz, y se aparta de los que son mas claros y envian resplandor. Pues por el mismo término la república, que por imprudencia ha caido en una suerte desventurada, se pone en cierto estado de delicadeza y de temor para no poder sufrir la verdad dicha á las claras, justamente cuando mas la ha menester, porque pueden los yerros llegar á punto que no tengan enmienda. Por lo mismo un Gobierno que se halla en esta situacion es cosa sumamente expuesta, porque pierde consigo al que le habla según su gusto, pero pierde antes al que no le adula. Por tanto, asi como del sol dicen los matemáticos que no lleva la misma carrera que el cielo, ni tampoco la contraría y enteramente opuesta, sino que usá de una marcha oblicua é inclinada, en virtud de la cual hace un giro lento, flexible y compasado, que da salud á todas las cosas, y les hace tomar la temperatura que á cada una conviene; del mismo modo en materia de gobierno la autoridad demasiado tirante, y que en todo repugna á los gobernados, es cruel y dura; como por el contrario ariegada y puesta en precipicio la que es condescendiente con los que delinquen; que es á lo que los mas propenden. Será por tanto saludable aquella cuidadosa administracion

pública que tenga alguna condescendencia con los que obedecen; que haga algo en su obsequio; pero que sepa al mismo tiempo exigir lo que conviene, siendo conducida por hombres que por lo comun usen de blandura y maña, y no quieran llevarlo todo despótica y violentamente. Es empero trabajoso y difícil en este género de administracion mezclar y templar bien la autoridad con la condescendencia; lo que si se logra, resulta un concierto mas exacto y mas músico que todos los números y que todas las armonías: el mismo con que se dice gobierna Dios el mundo, no usando nunca de violencia, sino evitando con la razon y la dulzura el que se haga perceptible la necesidad.

Lo dicho arriba sucedió á Caton el menor; porque tampoco este tuvo unas costumbres suaves y gratas á la muchedumbre, ni fue la condescendencia el lado por donde floreció su gobierno; sino que por usar de su carácter, como si gobernara en la república de Platon, y no en las heces de Rómulo, según expresion de Ciceron, sufrió repulsa en la petition del Consulado; en lo que me parece tuvo la suerte de los frutos que vienen fuera de tiempo; pues asi como á estos los vemos y los admiramos, pero no gozamos de ellos, de la misma manera la vieja usanza de Caton, empleada despues de largo tiempo, cuando la conducta de los hombres estaba estragada y las costumbres perdidas, tuvo, sí, gran nombradía y gloria; pero en la práctica no fue de provecho: porque lo grande y profundo de su virtud se media mal con los tiempos que alcanzó. No estaba su patria próxima á perecer como lo estaba ya la de Focion, aunque sí se hallaba agitada y conmovida de grandes tempestades; y solo con echar mano de las velas y los cables al lado de los que eran mas poderosos, separado del timon y del gobierno, sostuvo una gran lucha con la fortuna, la que al cabo

triunfó y se enseñoreó de la república; pero no fue sino á duras penas, con lentitud, y pasado largo tiempo; y estuvo en muy poco el que esta no se recuperara y volviera en sí, precisamente por Caton, y por la virtud de Caton; con la que compararemos la de Focion como de dos varones justos y aventajados en la política; sin que por esto se entienda ser nuestro intento que se les tenga por del todo semejantes. Porque ciertamente hay diferencia de fortaleza á fortaleza, como de la de Alcibiades á la de Epaminondas; de prudencia á prudencia, como de la de Temístocles á la de Aristides; y de justicia á justicia, como de la de Numa á la de Agesilao; y con todo las virtudes de estos dos grandes hombres llevan grabados hasta las últimas y mas imperceptibles diferencias un mismo caracter, una misma forma y un mismo color de costumbres, como si con una misma medida se hubieran mezclado la humanidad con la entereza; la fortaleza con la precaucion; la solicitud por los otros, y la impavidez por sí mismos; el cuidado en evitar las cosas torpes, y la firmeza en sostener la justicia: todo nivelado é igualado en ambos con exactitud: de manera que se necesitaria de un ingenio muy delicado y exquisito, con el que como con un instrumento muy fino, se investigasen y señalasen las diferencias.

El linage de Caton es cosa averiguada que era ilustre como lo diremos despues; y en quanto al de Focion sacamos por conjeturas que no seria del todo oscuro y abatido: pues á haber sido hijo de un cucharero, como dice Idomeneo, Glaucipo el de Hipérides, que en su discurso recogió y profirió contra él millares de millares de picardías, no habria omitido su bajo nacimiento, ni él tampoco habria podido tener una vida tan acomodada, ni recibir una educacion tan liberal, hasta el punto de haber asistido siendo muy joven á la escuela de Platon, y des-

pues á la de Jenócrates en la Academia, haciéndose emulador desde el principio de los que tenían mas elevados pensamientos. Pues ninguno de los Atenienses vió fácilmente á Focion ni reir, ni lamentarse, ni lavarse en baño público, como escribió Duris, ni sacar la mano fuera de la capa en las pocas veces que usaba de ella: porque así en los viages, como en el ejército, iba siempre descalzo y desnudo, á no que hiciera un frio excesivo é inaguantable: de manera que sus camaradas decian burlándose, que era señal de un frio rigoroso el ver á Focion arropado.

No obstante que era de unas costumbres muy benignas y muy humanas; en su semblante parecia inaccesible y ceñudo, de manera que con dificultad se llegaban á él los que antes no le habían tratado. Por esta causa, habiendo hablado en una ocasion Carres contra su ceño, como los Atenienses se riesen, ningun mal, les dijo, os ha hecho mi ceño; cuando la risa de estos ha dado mucho que llorar á la república. Por este término el lenguaje de Focion, siendo útil por las sentencias y saludables pensamientos, encerraba una concision imperiosa, severa, y algo picante: pues así como decia Zenon que el filósofo debia remojarse en el juicio, á este mismo modo la diction de Focion en pocas palabras mostraba gran sentido; y á esto parece que aludió Policeto de Esfecia cuando dijo, que Demóstenes era mejor orador, pero Focion mas elocuente. Porque así como la moneda á que se ha dado gran estimacion pública, tiene mucho valor en pequeño volumen, de la misma manera la verdadera elocuencia consiste en significar muchas cosas con pocas palabras. Así se cuenta de Focion que en cierta ocasion, estando ya lleno el teatro, se paseaba por la escena, estando todo embebecido dentro de sí mismo; y diciéndole uno de sus amigos, parece, ó Focion, que

estás meditando, le respondió: sí, medito qué es lo que podré quitar del discurso que voy á pronunciar á los Atenienses. El mismo Demóstenes, que miraba con alto desprecio á los demas oradores, cuando se levantaba Focion solia decir en voz baja á sus amigos: ea, ya está ahí el hacha de mis discursos. Mas quizá esto mismo debió atribuirse á sus costumbres: puesto que una palabra sola, ó una seña de un hombre de bien, tiene una fuerza y un crédito que equivale á millares de argumentos y de períodos.

Siendo todavía joven se arrimó al General Cabrias, y se ponía á su lado, sirviéndole este de mucho para adelantar en el arte militar; mas en algunas cosas él le servía para corregir su character, que era desigual y arrebatado. Porque con ser Cabrias de suyo tardo y pesado, metido ya en los combates, se irritaba y encendía en ira, arrojándose á los peligros temerariamente; como en Quio, que perdió la vida por ser el primero á acometer con su galera, y á emprender á viva fuerza el desembarco; y siendo Focion á un tiempo prudente y activo, inflamaba por una parte la detencion de Cabrias, y por otra contenía la prontitud inoportuna de sus ímpetus. Por esta razon, siendo Cabrias de amable y generosa índole, le miró con aprecio, y lo promovió á las comisiones y mandos, dándole á conocer á los Griegos, y valiéndose de él para los encargos de mayor importancia; por el qual medio en la batalla naval de Najos proporcionó á Focion no pequeño nombre y gloria: porque le dió el mando del ala izquierda, en la que fue mas arrebatado el combate, y tambien se decidió con suma prontitud. Como fuese pues esta la primera batalla naval que la ciudad dió sola, despues de tomada, á los Griegos, y hubiese salido victorioso, tuvo en mucho mas á Cabrias, y contó ya á Focion entre sus Generales. Alcanzóse esta victoria en la fiesta de los grandes misterios; y Cabrias agasajó todos los

años á los Atenienses con cierta medida de vino en el dia diez y seis del mes Boedromion.

Dícese que despues de este sucesos, enviándole Cabrias á recoger las contribuciones de las islas, y dándole veinte galeras, le expuso, que si le enviaba á hacer la guerra, necesitaba mayores fuerzas; y si á tratar con los aliados, con una tenia bastante. Marchó pues con sola su galera; y habiendo tratado con las ciudades y conferenciado con los que mandaban en ellas franca y sencillamente, dió la vuelta con muchas naves, enviadas por los aliados para conducir las contribuciones. Continuó siempre haciendo todo obsequio y respetando á Cabrias, no solo durante su vida, sino aun despues de muerto, interesándose por sus deudos, y tomando empeño en formar á la virtud á su hijo Ctesipo; y aunque le vió medio falto y terco, no se dió con todo por vencido, sino que procuró corregirle y ocultar sus defectos; y solo se dice que una vez, incomodándole en el ejército este joven, y molestándole con preguntas y consejos intempestivos, como quien pretendia enseñarle y tomar mejores disposiciones de guerra, exclamó: ¡ó Cabrias, Cabrias, bien te pago la amistad que me mostraste, aguantando á tu hijo! Como viesse que los que manejaban entonces los negocios públicos se habian repartido como por suerte el mando militar y la tribuna, no haciendo unos mas que hablar al pueblo y escribir, que eran Eubulo, Aristofon, Demóstenes, Licurgo é Hiperides; y que Diopetes, Menestee, Leostenes y Cares se enriquecian con mandar los ejércitos y hacer la guerra, formó el designio de restablecer en quanto de él dependiese el modo de gobernar de Pericles, de Aristides y Solon, como mas completo, y que abrazaba ambos objetos. Porque cada uno de estos tres varones era segun la expresion de Arquiloco:

Uno y otro: del Dios de las batallas

No desdenado alumno, y con los dones Favorecido de las doctas Musas; y observaba ademas que Minerva es á un tiempo guerrera y política, y bajo los dos aspectos es venerada. Conduciéndose de esta manera, sus disposiciones se dirigian siempre á la paz y al sosiego; mas sin embargo él solo mandó de gefe en mas guerras que todos los de su tiempo, y aun de los tiempos anteriores; no porque se presentase para ello ni hiciese solicitudes; pero tampoco se excusaba ó se retraía cuando la república le llamaba. Porque es sabido que cuarenta y cinco veces tuvo mando, no habiéndose hallado ni una sola vez en las juntas de eleccion, sino siendo llamado y nombrado en su ausencia: tanto que los de poco juicio se maravillaban de que el pueblo, siendo Focion el único que por lo comun se le oponia, no diciendo ni haciendo nunca nada que pudiera complacerle, en las cosas de poca importancia hiciera caso como por burla de los demagogos mas decidores y mas huecos, á la manera que los reyes gustan, despues de tomar el aguamanos, de oír á los aduladores y lisongeros; y que cuando se trataba de dar el mando siempre sobrio y solícito empleaba al ciudadano mas severo y prudente, y que era el único, ó á lo menos el que mas contradecía sus deseos y proyectos. Así es que habiéndose leído un oráculo de Delfos, en el que se decia que estando de acuerdo todos los demas ciudadanos uno solo pensaba de distinto modo que la ciudad; se presentó Focion, y dijo, que no se molestaran, porque él era el que se buscaba: pues que á él solo no le agradaba nada de cuanto hacian; y en una ocasion, como habiendo expuesto ante el pueblo su dictamen, encontrase aprobacion, y viese que todos uniformemente le admitian, se volvió á sus amigos diciendo: si habré yo propuesto sin advertirlo algun desatino!

Pedían los Atenieses dinero para cierto sacrificio, y prestándose los demas á darlo, interpelado Focion muchas veces, pidió, les dijo, á esos ricos, porque yo me avergonzaria de daros á vosotros, no habiéndole dado á este, mostrándoles al banquero Calicles. Como sin embargo no cesasen de clamar y gritar, les refirió esta conseja: un hombre tímido salió á la guerra, y habiendo oído graznar á los cuervos, depuso las armas, y se estuvo quieto. Volviólas á tomar, y puesto en marcha, como otra vez graznasen los cuervos, se paró, y por fin les dijo, vosotros graznearéis cuanto os diere gana, pero de mí no habeis de gustar. En otra ocasion le mandaban los Atenieses que saliera contra los enemigos; y como no estuviese de tal parecer, y lo culpasen de tímido y cobarde; ni vosotros, dijo, me podeis hacer osado, ni yo á vosotros tímidos; pero ya nos conocemos. En circunstancias delicadas se irritó mucho el pueblo contra él, y pidiéndole las cuentas del ejército, saltaos antes, les dijo, ó miserables; y como durante la guerra los viese abatidos y cobardes, y despues de la paz mostrasen osadía y gritasen contra Focion, quejándose de que les habia arrebatado la victoria, no es poca vuestra fortuna, les dijo, en tener un General que os conoce, porque sino ya hace tiempo que os habriais perdido. No querian litigar con los Beocios por cierto territorio, sino hacerles la guerra; y Focion les aconsejó que contendieran con palabras en lo que eran superiores; y no con las armas en lo que podían menos. Hablaba una vez al pueblo, y como no atendiesen ni quisiesen oírle, podreis, les dijo, violentarme á que haga lo que no quiero; pero á que contra mi parecer diga lo que no conviene no podreis forzarme jamas. De los oradores que se le oponian en el Gobierno, era uno Demóstenes; y diciéndole este un día, te quitarán los Atenieses la vida, ó Focion; le respondió: me la quitarán á mí si estan

locos, y á tí si estan cuerdos. Viendo á Polieucto de Esfecia que en un dia de verano aconsejaba á los Atenienses que hiciesen la guerra á Filipo, y que despues medio sofocado y bañado de sudor, porque estaba muy grueso, tomaba continuos sorbos de agua, estará muy bien, dijo, que decreteis la guerra por consejo de este hombre, de quien ¿qué podrá esperarse cuando se halle con la coroz y el escudo, y tenga los enemigos cerca, si ahora para deciros lo que tiene meditado está para ahogarse? Deciale Licurgo en una junta pública un sin fin de denuestos; añadiendo por fin, que pidiendo Alejandro diez de los demagogos habia aconsejado que se le entregasen; y él le respondió: muchas cosas buenas y útiles les he aconsejado; pero no me hacen caso.

Habia un tal Arquibiades, á quien se daba el mote de Laconista, porque se habia dejado crecer una larga barba; llevaba una mala capa á la Espartana, y tenia un aire tétrico y severo; y en un alboroto que se movió en el consejo, Focion apeló á este para que le sirviera de testigo en lo que decia y le ayudara; mas él, levantándose, no aconsejó sino lo que sabia que seria grato á los Atenienses; y Focion entonces, asiéndole por la barba, ¿pues por qué, le dijo, ó Arquibiades, no te afeitas? Aristogiton el delator en las juntas públicas estaba siempre por la guerra, é inflamaba al pueblo á emprenderla; pero cuando llegó el tiempo del alistamiento se presentó con una muleta y con una pierna entrapajada, y apenas Focion lo vió á lo lejos, desde su escaño gritó al amanuense: escribe tambien á Aristogiton, cojo y malo. Era por tanto cosa de maravillarse cómo un hombre tan irritable y tan severo tenia el concepto y aun el nombre de bueno; y es que en mi opinion, aunque difícil, no es imposible que al modo del vino un hombre sea al mismo tiempo dulce y picante; asi como otros, que son tenidos por

dulces, son desabridos y dañosos para los que los experimentan; y aun de Hipericles se refiere haber dicho hablando al pueblo: no mireis, ó Atenienses, si soy amargo, sino si lo soy de balde: como si la muchedumbre temiera y aborreciera solo á los que son molestos y dañosos con su avaricia, y no estuviera peor con los que abusan del poder por desprecio y envidia, ó por encono y rencilla. Pues en cuanto á Focion por enemistad jamas hizo mal á nadie, ni á nadie tuvo por contrario; y solo en lo preciso hizo frente á los que se le oponian en lo que por bien de la patria egecutaba, siendo en tales casos áspero, inflexible é implacable; pero fuera de esto en el discurso de su vida á todos se mostró benigno, compasivo y humano, hasta venir en auxilio de los de contrario partido, si en algo faltaban, y ponerse á su lado si estaban en peligro. Reconviniéronle una vez sus amigos de que habia hablado en juicio á favor de un hombre malo; y les respondió que los buenos no necesitaban de auxilio. Aristogiton el delator despues que por sentencia fue condenado, le llamó y rogó que fuera á verle, y condescendiendo con su súplica se encaminaba á la carcel; mas como sus amigos se lo estorbasen, dejadme, dijo, simples: ¿en qué parte podriamos ver con mas gusto á Aristogiton?

Ello es que los aliados y los habitantes de las islas á los enviados de Atenas, cuando otro General los conducia, los miraban como enemigos, reforzaban las murallas, barreaban las puertas, é introducian del campo á las poblaciones los víveres, los esclavos, las mugeres y los niños; y si el General era Focion, salian coronados á recibirlos en sus propias naves, y alegres los llevaban á sus propias casas.

Cuando Filipo, tratando de meterse en la Eubea, condujo tropas desde la Macedonia, y se dedicó á ganar las ciudades por medio de los tiranos,

Plutarco de Eretria acudió á los Atenienses; y pidiéndoles que libertaran la isla de las manos del Rey de Macedonia, en que ya se hallaba, fue Focion enviado de General con pocas fuerzas, por decirse que los habitantes estaban prontos á pasarse á él; mas habiéndolo encontrado todo lleno de traidores; todo en mala disposicion, y socavado con dádivas, se vió puesto en gran peligro; y habiendo tomado un montecito, cortado con un gran barranco de la llanura de Taminas, contenia y resguardaba en él lo mas aguerrido de sus tropas; dando orden á los generales respecto de los insubordinados, habladores y malos, para que no hicieran caso si los veian desertar y apartarse del campamento: porque aqui, les decia, no serán de provecho, sino mas bien perjudiciales por su indisciplina á los que hayan de pelear; y allá detenidos con la conciencia de este delito, gritarán menos contra mí, y no me calumniarán.

Quando se presentaron los enemigos, dió á sus tropas orden de que permanecieran inmóviles sobre las armas hasta que hubiese sacrificado; y fue largo el tiempo que se detuvo, ó porque las señales no fuesen faustas, ó porque quisiese atraer mas cerca á los enemigos. Por esta razon, recelando por entonces Plutarco cobardía y meditada tardanza, acometió con solos los estipendiarios; lo que visto por la caballería, ya no aguantó mas tampoco, sino que se dirigió al momento contra los enemigos, saliendo desordenada y desunida del campamento. Vencidos los primeros, se desbandaron todos, y Plutarco huyó. Acometieron entonces al valladar algunos de los enemigos, y trataron de romperle y abrirse paso, teniéndolo todo por sojuzgado. En esto, concluido ya el sacrificio, cargaron los Atenienses, y rechazaron al punto á los del campamento, destrozando á la mayor parte de ellos mientras se entregan á la fu-

ga alrededor de las trincheras. Focion dispuso que el grueso de sus tropas se parase, y estuviera con atención para esperar y recoger á los que al principio se habian dispersado en la fuga; y él con los mas escogidos arremetió á los enemigos. Tratóse una reñida batalla, en la que todos pelearon valerosamente y á todo trance; pero Talo, hijo de Cineas, y Glauco de Polimedes, que estaban al lado del General, todavía sobresalieron; y no solo estos, sino que Cleofanes contrajo tambien un mérito muy singular en esta batalla: porque haciendo volver de su huida á los de á caballo, y gritándoles y clamándoles que corrieran en auxilio del General que estaba en riesgo, consiguió que con su vuelta fuese mas cierto el triunfo de la infantería. De resultas de esta accion arrojó á Plutarco de Eretria, y tomó á Zarettra, castillo de grande importancia, por estar situado en el punto donde la llanura termina en una estrecha faja, quedando allí la isla muy angustiada por el mar de una y otra banda. No permitió á los soldados que hiciesen cautivos á los Griegos rendidos, por temor de que los oradores de Atenas violentaran al pueblo á tomar contra ellos por encono alguna injusta determinacion.

Regresado Focion despues de estos sucesos, muy presto echaron menos los aliados su honradez y su justificacion; y muy presto conocieron tambien los Atenienses su inteligencia, y el grande influjo que le daban sus virtudes: porque Moloso, que fue el que despues de él se encargó de los negocios, hizo tan infelizmente la guerra, que cayó vivo en poder de los enemigos. Tenia ya Filipo en aquella época concebidas grandes esperanzas en su ánimo; y habiendo pasado al Helesponto con todo su ejército, daba por supuesto tener ya en la mano al Quersoneso, á Perinto y á Bizancio. Propusieronse los Atenienses darles auxilio; y habiendo trabajado los

oradores porque Cares fuera nombrado General, enviado este con el mando, no solamente no hizo nada que correspondiese á las fuerzas que se le dieron, sino que las ciudades no quisieron admitir la escuadra; y haciéndose á todos sospechoso, tuvo que andar de una parte á otra, siendo por sus exacciones molesto á los aliados, y despreciado de los enemigos. Irritado con esto el pueblo por los mismos oradores, se mostró disgustado, y mudó de propósito en cuanto á socorrer á los Bizantinos; pero tomando la palabra Focion les dijo, que no debian incomodarse con los aliados que mostraban desconfianza, sino con los generales que á esto les daban motivo: porque estos son, añadió, los que os hacen odiosos á los mismos que sin vosotros no pueden salvarse. Movidó el pueblo con este discurso, y reformando su última determinacion, decretó que el mismo Focion marchase con nuevas fuerzas al Helesponto en socorro de los aliados; lo que fue de la mayor importancia para que Bizancio se salvase. Porque era ya grande la fama de Focion; y como á esto se agregase el que Cleon, varón entre los Bizantinos el primero en opinion de virtud, y que con Focion habia trabado amistad en la academia, empeñó por él su palabra con la ciudad, no consintieron que acampase fuera, como queria, sino que abriéndole las puertas recibieron é hicieron unos mismos consigo á los Atenienses; los cuales no solo no dieron ocasion de queja con su conducta, siendo moderados y sobrios, sino que en los combates mostraron mayor ardor y denuedo, por la misma confianza que de ellos se habia hecho. De este modo Filipo, que pasaba por invencible y por hombre á quien nadie podia resistir, abandonó por entonces el Helesponto, con mengua y menosprecio; y Focion le tomó algunas naves, recobró las ciudades que habia fortificado; y habiendo hecho desembarcos en diferentes puntos del pais, lo

taló y destruyó, hasta que herido por los que vinieron en auxilio de los habitantes, regresó con su armada.

Avisado secretamente de los de Megara, por temor de que si los Beocios lo entendian se les adelantaran á ofrecer su socorro, convocó á junta muy de mañana; y anunciando la solicitud de Megara á los Atenienses, apenas hubieron resuelto, dió la señal con la trompeta; y haciéndoles tomar las armas, marchó con ellos desde la misma junta. Recibido con sumo placer por los de Megara, fortificó á Nisea, y tiró por medio dos ramales desde la poblacion al puerto, juntando así la ciudad con el mar; de manera que no dándole ya cuidado los enemigos que pudieran acometerla por tierra, quedó como incorporada con los Atenienses.

Decretada ya sin arbitrio la guerra contra Filipo, y elegidos por estar él ausente otros generales, luego que volvió de las islas lo primero que trató de persuadir al pueblo fue, que estando Filipo inclinado á la paz, y manifestando recelar demasiado los peligros de la guerra, admitieran sus proposiciones; y como alguno de los que no hacen mas que dar vueltas por la plaza, y tejer calumnias, se le opusiese, diciendo: ¿y tú, ó Focion, te atreves á disuadir á los Atenienses, cuando ya estan con las armas en la mano? yo, les repuso; sin embargo de que sé que si hay guerra, te mando yo á tí; y en la paz eres tú el que me mandas. No los convenció sin embargo, y como viese que prevaleció la opinion de Demóstenes de que los Atenienses llevaran la guerra bien lejos del Atica; amigo mio, le dijo, no miremos dónde haremos la guerra, sino cómo venceremos: porque así es como estará la guerra lejos; mas si fuéremos vencidos, siempre tendremos toda calamidad encima. Fueron en efecto vencidos; y como los que no saben mas que alborotar y promover novedades